

Jornadas para (re)pensar la 'promesa' tecnológica y la longevidad

Documento marco

Vivimos en una sociedad profundamente mediada por la tecnología, donde los avances no sólo modifican el acceso a herramientas digitales, sino también las formas de habitar el mundo, de relacionarse, de comunicarse, de organizar el tiempo y de comprender la realidad. Las personas mayores, protagonistas y testigos de décadas de transformaciones tecnológicas, han experimentado múltiples transiciones previas a la llegada de la inteligencia artificial. Estas transformaciones han producido y producen brechas acumulativas que se hacen más profundas cada vez, no solo debido a la velocidad de la innovación, sino también a los intereses económicos y de consumo ejercidos por las estructuras de poder, así como por las desigualdades y discriminaciones estructurales de género, edad, clase social, etc.

Las necesidades que se ponen sobre la mesa están definidas muchas veces desde una lógica de mercado, donde lo que no es rentable se vuelve invisible, y donde el diseño no siempre contempla la diversidad de cuerpos, capacidades, generaciones o formas de vida. Bajo esta mirada, se impone una idea de progreso tecnológico que valora más la actualización constante que la utilidad real, generando una dependencia estructural de tecnologías que muchas veces no responden a las necesidades concretas de las personas. Esta dependencia —normalizada como inevitable— se presenta como condición para “estar en el mundo”, sin espacio para preguntarse si todas esas innovaciones son realmente necesarias, accesibles o deseables.

Sin embargo, cuando hablamos de exclusión tecnológica, no podemos reducirla únicamente a una cuestión de habilidades o acceso. La relación que cada persona establece con la tecnología está atravesada por múltiples factores: condiciones materiales, trayectorias vitales, experiencias previas, expectativas sociales, deseos y resistencias. Aunque la 'Encuesta sobre equipamiento y uso de las tecnologías de la información y la comunicación en hogares 2024' del INE¹ es muy limitada en cuanto a los condicionantes exógenos sí apunta algunas desigualdades clásicas. Por ejemplo, entre las personas de 75 años o más que acceden a las TICs la brecha se convierte en abismo cuando vemos la diferencia de uso por nivel educativo (99,7% de los que tienen doctorado frente al 32,5% de los que han estudiado primaria) o por ingresos (61,9% de los que tienen ingresos mensuales superiores a 3.900 euros frente al 37,1% de los que ingresan menos de 1.200 euros). La mayoría de estudios equiparan brecha tecnológica a brecha digital y, en este caso, se centran en el acceso a internet y a sus 'utilidades' (administración pública, comercio electrónico, ocio y comunicación), en la disponibilidad de conectividad y soportes, y en las capacidades de la/el usuario únicamente. Sin embargo, las tecnologías contemporáneas generan brechas en casi todos los aspectos de la vida: desde el urbanismo, el turismo, la educación, la salud, la creación cultural, etc.

¹ Encuesta sobre Equipamiento y Uso de Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC) en los Hogares. Año 2024. Consultada en <https://bit.ly/4lxA59>

A estas desigualdades se suma, además, la dimensión de género, que no puede entenderse de forma lineal ni homogénea. Diversos estudios muestran que la brecha digital de género se intensifica en las edades más avanzadas, como resultado de trayectorias vitales marcadas por menores oportunidades educativas y laborales en ámbitos tecnológicos, así como por una mayor carga histórica de cuidados y una socialización alejada de lo técnico.

Sin embargo, la evidencia también apunta a que, cuando las mujeres mayores acceden y se forman, no solo reducen la distancia respecto a los hombres, sino que en determinados usos —especialmente los vinculados a la comunicación, el mantenimiento de redes sociales o la gestión cotidiana— muestran niveles de participación y frecuencia comparables o incluso superiores. Esto sugiere que la brecha no responde a una supuesta falta de interés o capacidad, sino a procesos acumulativos de desigualdad que condicionan el acceso y las oportunidades de aprendizaje a lo largo de la vida. De hecho, algunos análisis subrayan que, una vez superada la barrera inicial, muchas mujeres mayores desarrollan estrategias activas de apropiación tecnológica vinculadas al cuidado, la autonomía y el sostenimiento de vínculos sociales. Así, la cuestión de género en la exclusión tecnológica no puede reducirse a una foto fija de desventaja, sino que debe leerse como un proceso dinámico donde conviven desigualdades estructurales y capacidades de agencia que permanecen invisibilizadas.

En todos estos casos, lo que está en juego no es solo el dominio de una herramienta, sino la posibilidad de que cada persona tenga derecho a decidir cómo quiere habitar el presente tecnológico. Confundir la no participación con ignorancia refuerza una visión reduccionista del progreso, que no contempla la pluralidad de formas de vivir, de comprender y de relacionarse con la técnica y una mirada individualizante que responsabiliza a la persona en lugar de señalar los fallos estructurales del sistema. De hecho, la propia idea de ‘progreso’ hegemónica en el marco de la Modernidad occidental niega la convivencia de diferentes formas de habitar el mundo, considerando unas de civilizadas (las preponderantes) y otras de atrasadas. El pensador boliviano Juan José Bautista recordaba que “la modernidad es la primera civilización que concibe lo antiguo como algo malo o inferior en sí”². Si consideramos así el progreso y ubicamos —desde una matriz edadista— a las personas mayores en un ‘pasado’ tecnológico, la exclusión es casi automática.

Este proyecto propone detenerse a mirar la tecnología desde otro lugar. No desde el déficit, ni desde la integración forzada, sino desde la experiencia, desde la reflexión y la posibilidad de poner en cuestión las lógicas que rigen la innovación; desde el derecho a preguntarse si todas las soluciones tecnológicas lo son realmente, y para quién. Este proyecto no trata sobre qué tecnologías usar, sino de qué mundo estamos construyendo con ellas. En este contexto, es necesario generar espacios que no partan únicamente de la lógica de la “alfabetización digital”, sino que permitan a las personas reflexionar críticamente sobre la tecnología como fenómeno social, cultural e histórico, y compartir saberes y experiencias con otras generaciones. El proyecto que se propone busca abrir un espacio de diálogo, aprendizaje y acción práctica en torno al papel de la tecnología en nuestras vidas, con especial atención al punto de vista de las personas mayores.

² Bautista S. Juan José. *¿Qué significa pensar desde América Latina? Hacia una racionalidad transmoderna y postoccidental*. Akal, Madrid, 2014.